

orientales que occidentales, como la liberación de uno mismo y del flujo cambiante del mundo diario. Para Reinhardt, la libertad estaba fundada en la disciplina, en la no permisividad y en la subjetividad. En el fondo su visión de lo absoluto era más védica que kantiana, lo que separó completamente su pensamiento del de su generación. Autoproclamado “conciencia del mundo de arte”, Reinhardt era indudablemente un moralista. Por ejemplo, se opuso al surrealismo y al expresionismo, no sobre bases estéticas sino morales. Creyó que ambas fueron formas de primitivismo, lo que detestaba. Durante toda su vida, sostuvo que la tarea más grande del hombre era levantarse desde su caótico origen primordial hasta alcanzar el lugar más lejano del espíritu humano, que se expresa a sí mismo a través del orden. La civilización occidental había caído en la decadencia del materialismo y el sensacionismo, por lo que Reinhardt buscó esos valores espirituales en otras civilizaciones antiguas y probablemente más sabias.

La importancia del pensamiento reinhardtiano para nuestra época es obvio. Comprendió su contexto histórico mientras que otros meramente se quedaron encerrados en sus contradicciones e ilusiones. Por esta razón, su importancia como precursor del estilo reduccionista del minimalismo es tan relevante hoy día como lo es su filosofía del arte, y especialmente la expresión de aquella filosofía en sus pinturas. En este momento, Reinhardt se presenta como un profeta de aquel arte eminente que puede perdurar sólo como arte espiritual, aunque esto pida una especie de retorno al monasticismo medieval. Su conclusión de que la supervivencia del arte con valores morales y espirituales dependa en cierto modo de la visión tradicional del Oriente, debería retomarse para enriquecer la continua integración del arte en el Occidente.

María J. Rodríguez-Shadow

Noemí Quezada  
*Sexualidad, amor y erotismo:  
 México prehispánico y México  
 colonial*  
 México, Plaza y Valdés, 1996.

En este libro de tan atrayente título, la doctora Noemí Quezada se propone analizar las diferentes expresiones de la sexualidad, el amor, el erotismo, el deseo y el placer en dos sociedades con referentes cosmogónicos y cosmovisiones muy distintas: la sociedad mexicana y la del México colonial. La autora cataloga su trabajo como un estudio de etnología con un enfoque histórico comparativo.

Hace especial énfasis en su decisión de partir del género como categoría analítica. A través del concepto de género, la doctora Quezada aborda las temáticas señaladas en el título del libro y llega a “conclusiones que representan un acercamiento más objetivo a la vida cotidiana, amorosa y erótica de las mujeres y los varones mexicanos y novohispanos” (Noemí Quezada, *Sexualidad y erotismo: México prehispánico y México colonial*, 1996, p. 15).

Su objetivo es dilucidar las diferentes construcciones de identidad genérica y su articulación con los sistemas de prestigio y las relaciones de poder en las sociedades mencionadas partiendo del análisis de ciertos mitos y prácticas mágicas a la luz de los planteamientos hechos por Joan Scoot, Foucault y Fromm.

El libro está dividido en dos partes. En la primera analiza y examina los relatos míticos de los nahuas en los que se puede desprender la forma como se elaboraba la

legitimación de la identidad, los roles y las asignaciones genéricas, así como la manera en la que los preceptos y las prácticas rituales “borraban las diferencias sociales y sexuales [...]” (*ibidem*, p. 45).

La doctora Quezada se sirve del análisis del mito de la creación de los cinco soles y de la leyenda de la peregrinación para exponer la dialéctica que se genera en la lucha por el poder entre los géneros. En un brillante pasaje que sintetiza el pensamiento de esta historiadora nos dice:

En la peregrinación mexicana es más la lucha por el poder entre los géneros [...] la que explica a la sociedad mexicana como masculina y el poder político en manos del varón. Esta lucha es reiterativa en los diversos pasajes míticos, que marcan momentos de ruptura entre la sociedad original agraria, con diosas tutelares femeninas y su transformación en sociedad guerrera expansionista con un dios tutelar masculino (*ibidem*, p. 62).

En ese sentido, la visión que nos muestra la autora es de una sociedad mexicana en proceso de cambio, en un movimiento continuo de transformación que será roto, momentáneamente, por la llegada de las huestes españolas.

En la segunda parte, la autora estudia los procesos que trae aparejados la dominación militar, económica, política y religiosa de la sociedad española. Ella

sostiene que con la Conquista se inició “el proceso de devaluación y maltrato cotidiano, resultado de la concepción patriarcal occidental” (*ibidem*, p. 145).

A grandes trazos se puede decir que presenta dos sociedades prácticamente antagónicas, cuyo eje comparativo se centra en una concepción contrapuesta del binomio amor-erotismo. La sociedad mexicana lo vive en su unidad y fomenta una sexualidad aparentemente más abierta, enfocada a la reproducción pero basada en el placer masculino y femenino.

Sin embargo, la sociedad novohispana separa ambos conceptos, ubica el amor en el plano institucionalizado de la religión y relega el erotismo al ámbito de la magia, la prohibición, la transgresión y el pecado, reprimiendo básicamente el goce femenino.

Las fuentes de las que se vale la doctora Quezada para bordar su argumento son registros históricos; por un lado, los códices, la información de los cronistas y los misioneros acerca de una sociedad en pleno proceso de sometimiento y transformación y, por otro, esas mismas colecciones de impresiones complementadas con 327 expedientes de la Inquisición, con sentencias que hacen alusión a las prácticas amorosas de los hombres y mujeres de los siglos XVI al XVIII.

El análisis de los mitos de origen de ambas sociedades le permite asentar la importancia del papel de la religión como vehículo para establecer y regu-

lar el modo de vida. Apoyándose en ellos define la relación entre los sexos y los procesos culturales por los que se produjo el orden social. En la sociedad mexicana reina una idea de dualidad que parte de la oposición binaria y simétrica de los géneros, es decir, existe una complementariedad entre lo masculino y lo femenino. En cambio, la sociedad novohispana y su procedencia de la tradición judeo-cristiana se asienta sobre las bases del catolicismo y su dios único y masculino, la determinación de lo femenino como inferior, por tanto, promueve una relación asimétrica entre los géneros. En la primera, los roles genéricos son asignados para mantener el equilibrio cósmico; en la segunda, para “mantener el sistema colonial basado en el sometimiento y la explotación”.

Asimismo, la doctora Quezada se apoya en la categoría de la diferencia que le permite “encontrar constantes para proponer características femeninas y masculinas de comportamiento que trascienden la cultura y a la época histórica” (*ibidem*, p. 279). El análisis de las prácticas mágicas en las sociedades estudiadas le da la posibilidad de contrastar las divergencias y las similitudes de los roles genéricos asignados socialmente.

En este libro se presentan de manera integrada e hilvanada de manera lógica la contrastación entre las divergencias y las similitudes de los conceptos de amor y erotismo en los contextos culturales de la sociedad prehispánica y el México

colonial. La autora encuentra que mientras en la sociedad precolonial el amor no se concebía desvinculado al erotismo, en la sociedad novohispana el amor se ubica en el campo institucionalizado de la religión. Esto, nos dice la autora, se relaciona con el hecho de que en la sociedad mexicana las relaciones entre los géneros era simétrica y en la colonial era de opresión para las mujeres.

El contexto sociocultural de sumisión orilló a las mujeres a buscar en las prácticas mágicas un instrumento para paliar su condición. Ante la situación de desventaja social, política y económica, las mujeres novohispanas intentaron manipular las fuerzas sobrenaturales para protegerse del maltrato y la tiranía masculina. Los hombres reaccionaron con temor ante la posibilidad de que las mujeres revirtieran el orden social mediante el empleo de la magia, prácticas que escapaban del control masculino.

Ésta es una obra escrita con esmero y cuidado en el diseño de sus hipótesis, en la elección de sus categorías de análisis, en el desarrollo de los materiales y el contenido, así como en la elaboración de sus conclusiones. Mesura y erudición son dos de las características de este tratado que vale la pena leerse para reflexionar acerca de la manera en la que ambas sociedades, con sus particulares cosmovisiones y prácticas, han dado origen a lo que vivimos hoy día en el México contemporáneo.